

**SAN JUAN BTA. M.^a VIANNEY
(CURA DE ARS)**

SERMONES ESCOGIDOS

TOMO I

**VERSION DE
RDO. DR. D. CARLOS DE BOLOS
Catedratico del Seminario de Gerona**

**Serie
Grandes Maestros
N.º 13**

**Editorial
APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44 – 41003 SEVILLA
Tel.: 954 41 68 09 – Fax: 954 54 07 78
www.apostoladomariano.com**

Con licencia eclesiástica

TOMO I: 978-84-7693-214-8

Obra Completa: ISBN: 84-7693-211-1

Depósito legal: M. 45.755-2009

Impreso en España - *Printed in Spain*

Por: Impresos y Revistas, S. A. (Grupo IMPRESA)

A LOS PREDICADORES DE LENGUA ESPAÑOLA

Habiéndose conservado en esta versión de los Sermones del santo Cura de Ars todas las Cartas laudatorias episcopales que llevan las ediciones francesas, bastan ciertamente ellas para hacer una presentación honorífica de la obra a los lectores de habla española. Pero los requerimientos del editor señor Subirana, habiendo eco favorable en nuestra antigua devoción al Santo Párroco y a sus singulares escritos oratorios, han dado ocasión a estos párrafos prefaciales, dirigidos al nuevo público de España y América, que tributará seguramente un acogimiento efusivo a esta obra tan digna de ser conocida y piadosamente saboreada.

Formando parte estos Sermones de una biblioteca destinada a servicio y uso de predicadores, queremos hacer leves indicaciones acerca del rico depósito de utilidades ministeriales escondido bajo su humilde envoltura.

En verdad que si algún párroco los adquirió con el fin exclusivo de emplearlos para preparación rápida e inmediata de sus predicaciones dominicales, sufrirá quizá desilusión cuando advierta que ni la materia ni menos la forma y estructura resultan siempre fácilmente acomodables al estado y sentir de su feligresía. Pero no caiga en desaliento ni arrincone este sermonario, movido tan sólo por impresiones superficiales. Todo valor divino o humano superior al nivel ordinario

suele ser poco asequible a la mirada frívola del contemplador distraído.

Hay una preparación que los tratadistas llaman *remota*, la cual desentumece y afina las facultades naturales, reaviva las potencias espirituales y enciende la llama divina. Sin ella el ministerio del púlpito viene a convertirse pronto en función automática, moribunda o muerta. Para esta preparación, más fundamental y necesaria, servirá de modelo y estimulante de virtud prodigiosa la lectura reverente que se merecen los escritos donde concentró un párroco santo las angustias y fatigas de un trabajo aspérrimo, pero ardiente de caridad y celo, encaminado a la conversión de una feligresía tenazmente reacia a la vida cristiana y que él, por fin, consiguió ganar al servicio de Dios. Todo sacerdote encargado de una porción de la heredad divina, que no sea mecánico ejecutor de ministerios y haya sentido las amarguras causadas por una resistencia y esterilidad persistentes, hallará aquí una lección viva y maravillosa de cómo, si bien es realmente Dios quien da el crecimiento, deben Cefas y Apolo esmerarse mucho en las labores de plantación y riego, con la seguridad de no ver jamás infructuosos sus esfuerzos.

Según los biógrafos del Santo, en los comienzos de su ministerio rectoral, fué elaborando penosamente estos Sermones, y consagró a ellos todo el tiempo que le dejaban libre la oración y la visita de la parroquia. Iba, primero, buscando materiales en los libros de su humilde biblioteca, especialmente en el P. Lejeune, en las «Instructions familières» de Bonnardel, en el «Ejercicio de Perfección» del P. Rodríguez y en las «Vidas de los Santos» del P. Ribadeneyra; terminada esta requisa, empezaban los tormentos de la composición para un hombre que no era escritor ni de talento notable, pero a quien la conciencia de su dignidad sacerdotal no permitía ser jamás *repetidor* y que com-

prendía la precisión inexcusable de acomodar a las particularidades de su público, rudo y disipado, la doctrina general, como el médico adapta al estado del enfermo las prescripciones terapéuticas. Además, y esto se echa de ver en casi todos los párrafos, sabía sacar siempre oportunamente del tesoro de su corazón la experiencia personal de su vida interior y del conocimiento de sus ovejas, la cual comunica a sus sermones ese vigor apostólico, ese aliento sobrenatural que persuade, mueve, convierte y arrastra con una atracción magnética sólo explicable recurriendo a los misterios de la gracia. Mas, como hemos dicho, no consiguió esto, sobre todo al principio, sino tras pacientísima fatiga. «Sentado delante de su mesa de trabajo — dice uno de sus historiadores (1)—el pobre orador escribía, raspaba, corregía, veía deslizarse las horas sin que la redacción adelantase apenas; tenía con frecuencia la pluma en la mano durante siete horas seguidas y alguna vez le pasaba así la noche entera: resistía al sueño hasta que sus ojos cargados se cerraban solos». Ni cesaban todavía aquí los trabajos, pues debían aún pasar a su memoria párrafo tras párrafo aquellas líneas tan laboriosamente compuestas, que él iba corriendo con insistencia verdaderamente santa.

; Oh trabajo fecundo! Dios bendijo con exuberancia de dones la buena voluntad de su Siervo. El fruto más directo tardó algo en llegar: la resistencia del auditorio guardó proporción con la perseverancia del sermoneador; pero cuando cayó vencida, el rendimiento fué total, sin condiciones: Ars trocóse en modelo de parroquias religiosas, en hogar primero de aquel incendio de piedad que luego fué propagándose a las comarcas vecinas y alcanzó irradiaciones inmensas.

Pero también fué extraordinario el provecho per-

(1) «Le Saint Curé d'Ars» par Joseph Vianey, édit. 43.^e, p. 45.

sonal del humilde cura de palabra monótona y vacilante, que empezó su ministerio adoctrinador infundiendo sopor y tedio en sus oyentes. No nos referimos a los merecimientos sobrenaturales de su abnegación heroica, sino a la transformación casi milagrosa de sus cualidades oratorias, que le convirtió en uno de los predicadores populares más notables de la Francia de aquel tiempo. Cuando la invasión de su parroquia por gentes venidas en peregrinación a purificar su alma en el confesonario del Santo y a enardecerse en amor de Dios al pie de su púlpito le forzó a arrinconar papeles y sermonarios y a improvisar cotidianamente delante de un público más selecto que su primer auditorio labriego, entonces, ahogados los defectos naturales y literarios, el raudal de elocuencia divina salida de aquellos labios y corazón siempre *orantes*, arrancó lágrimas de penitencia a millares de pecadores e hizo humillar la frente en admiración efusiva a hombres eminentes que, como Lacordaire, acudían a escucharle de todas las ciudades y centros culturales de Francia.

La lección para el sacerdote usador de esta obra no puede ser más obvia: a pesar de todas las deficiencias de una formación tardía, de la escasez de dotes naturales, de la obstinación pasiva de un público maleado..., la perseverancia en la preparación, inspirada por los ardores del celo apostólico y por la buena voluntad inicial que Dios pide a todo operario de su Iglesia, bastó, no sólo para un éxito tan fuera del alcance de los medios humanos, sino, además, para que se manifestase en éstos una fuerza insospechada y quedasen como eclipsados por un resplandor prodigioso defectos considerados antes capitales.

San Juan B. Vianney amaba a sus ovejas con amor semejante al del Pastor divino; sabía muy bien sus dolencias, sus flaquezas, sus peligros; le abrasaba un

desco sincero de dar su vida por ellas y de conducirlas a los pastos de vida eterna, cuyas sendas tan conocidas le eran. En estas páginas experimenta el lector la conmoción viva de aquella alma ardorosa que se consume de dolor viéndolas perderse por caminos de pecado o mantenerse remisas en el servicio de Dios. Léalas a menudo el predicador estas páginas y sentirá ir prenriendo en su espíritu ese abrasamiento divino semejante al de los antiguos profetas de Israel que prorrumpían en lamentos e increpaciones contra las gentes prevaricadoras de su pueblo. Este tono de vehemencia profética percíbese a veces aquí vivo y centelleante. Todas las amenazas de la ira divina, los terrores del juicio de Dios, la designación directa y la condenación durísima de los pecados más comunes entre sus feligreses caen a menudo desde el púlpito sobre las cabezas de éstos. No deja conciencia sin inquietar, ni vicio sin señalar con mano conminadora de grandes castigos. Las verdades más austeras de nuestra santa religión aparecen aquí casi de continuo y aun se deslizan *per accidens* en sermones de argumento suave. El brazo huesudo del predicador penitente, como el de Juan Bautista a orillas del Jordán, toma sin cesar el gesto anunciador de la proximidad de la cólera de Dios, y no pone casi freno a su boca cuando se permite cantar claro. Dirá alguno : Esto fuera contraproducente en nuestros días. Lo sería en un predicador que no se presentase aureolado con el nimbo de una vida santa y que en la hiel de sus palabras no llevase escondida la miel de la caridad. Pero bien lo sabían los vecinos de Ars que era el *amor* el único móvil de las indignaciones de su párroco, y no un amor cualquiera, sino más fiel y sacrificado que el de un padre. Muy seguros estaban de ello ; lo había sentido personalmente cada uno, y, allá en los rincones de su corazón, comprendían que realmente debían de ser un mal muy terrible sus pe-

cados cuando así inflamaban la voz y hacían espantable el gesto de un padre tan dulce y misericordioso, a quien veían llorar por sus quebrantos y tristezas.

Esta y otras lecciones hallará aquí el predicador, de valor innegable para su preparación remota. Como modelos literarios son, en realidad, deficientes estos Sermones. Los defectos saltan a la vista, pero están principalmente en la forma, de la cual ningún orador debiera hacer gran caso, pues, siendo la parte más personal y circunstancial del discurso, no debe nunca copiarse. En cambio, brillan en ellos perfecciones, más ligadas con la estructura interna y el fondo, muy dignas de estima e imitación. Notemos algunas. Una de ellas es la habilidad del Santo para mantener despierta la atención del público mediante un dialogueo animado, no artificioso y convencional, sino hecho brotar *ex ipsis visceribus rei*. Dicen que quien ama, conoce; y el Santo Cura de Ars conoce perfectamente el pensar, el sentir y el obrar de sus feligreses. Por eso en el diálogo van saliendo los pensamientos, dudas, dificultades, desazones, debilidades y caídas que o laten inconfesables en las conciencias o son tema frecuente de las conversaciones de vecindario. En su lenguaje, las comparaciones y símiles abundan a veces hasta entrelazarse, casi todos sacados de la vida rural, que él tan bien conocía por haber nacido y crecido en ella. Todo esto no sólo sirve para ejemplo, del cual no debe casi nunca apartarse la predicación parroquial sobre todo en públicos de escasa cultura, sino también para ofrecer materiales utilizables dignos de gran estima. Además, los asuntos de estos Sermones, versando casi siempre en torno de las verdades primarias de la vida moral cristiana y ligados de alguna manera con los evangelios de las dominicas, son de carácter esencialmente parroquial. Claro que, pronunciados hace cerca de un siglo en un ambiente muy

distinto, por un predicador tan personal que sostiene casi de continuo el tono enfático de exclamación, suponen, como en el empleo de cualquier otro sermonario, una acomodación discreta.

Finalmente — y ahora no nos dirigimos a los predicadores como a tales — hay otro público para el cual la presente obra tiene verdadero interés: es toda la *plcbs christiana* a quien se adoctrina y amonestá desde los púlpitos. Estos Sermones, salidos de la boca del Santo, y vivificados por el vigor de su gesto y por las modulaciones de su voz, causaron honda impresión e hicieron penetrar en las almas de los oyentes las vibraciones religiosas del varón de Dios. Ahora, impresos y traducidos, mucho habrá perdido de su virtud emotiva. Pero, a la manera que el eco de un gran estampido no deja de ser también estruendoso, mucho se conserva aquí de su potencia originaria. El lector, pues, que, con una partecica siquiera de la reverencia de los devotos peregrinos que de todas las regiones de Francia acudían a Ars y se agolpaban en torno del púlpito célebre de su santo párroco, tome este libro en sus manos y recorra piadosamente sus páginas, algo percibirá sin duda de aquella comoción santificadoras que a tantos millares de almas convirtió. Sabido es que, tratándose de doctrina espiritual, la etiqueta de un Santo, de un Beato o de un Venerable es garantía casi infalible de un valor singular, porque es certificación segura de contener un género de calidad altísima, o, por mejor decir, divina, ya que, cuando un Santo nos habla de Dios y de los caminos de salvación, no nos dice ordinariamente cosas aprendidas de otros o elaboradas sólo con razonamiento humano, sino brotadas muchas del contacto de su vida con la misma vida divina, nacidas de una fuente que desciende límpida y fresca de los montes de Dios. Quien desee, por ejemplo, no sólo discurrir sobre la muerte, sino percibir como una

visión directa de sus terrores, consecuencias y esperanzas, lea atentamente el sermón *Sobre el pensamiento de la muerte*; quien desee vencer sus propias negligencias y tibiezas y tomar empuje para no fatigarse en el camino del cielo, lea el sermón *Sobre el servicio de Dios*. Todos hallarán en los Sermones del Santo Cura de Ars un *quid divinum* que penetra hasta las últimas divisiones del alma.

JOSÉ M.^a LLOVERA, PBRO.

CARTA DEL EMMO. CARD. MERRY DEL VAL
Secretario de Estado de Su Santidad Pío X

Reverendísimo Señor :

Acabáis de ofrecer al Padre Santo la obra que tuvisteis el feliz acierto de publicar, las Predicaciones del Venerable Juan Bautista Vianney, Cura de Ars, de cuya obra también os habéis dignado dedicarme un ejemplar.

El Padre Santo me confía la grata misión de significaros el agrado con que ha recibido vuestro obsequio y la satisfacción con que Su Santidad ha visto esta tan oportuna publicación de unos sermones de carácter tan apostólico.

El clero joven hallará en ellos un perfecto modelo del espíritu que debe informar la predicación de la divina palabra, y un manantial abundante y fecundo de santos afectos y expresiones emotivas.

Por todo lo cual, Su Santidad se complace en expresaros su felicitación y alabanza, lo mismo a vos que a vuestro excelente hermano Dom Agustín María, de quien habéis recibido una cooperación verdaderamente fraternal; a ambos, Su Santidad os concede gustosamente su Apostólica Bendición.

Y, después de haberme hecho intérprete de los sentimientos del Padre Santo, aprovecho esta ocasión para agradecerlos el ejemplar de los Sermones con que me habéis obsequiado, así como para testimoniaros el sentimiento de mi particular estima, que me mueve a ofrecerme, Monseñor, vuestro affmo. servidor.

Roma, 10 de febrero de 1905.

R. Card. MERRY DEL VAL.

CARTAS EPISCOPALES

*Carta de S. Eminencia el Cardenal COULLIÉ, Arzobispo
de Lyon y Vienne*

ARZOBISPADO

DE
LYON

Lyon, 26 junio 1908.

Apreciable Monseñor y Reverendo Padre :

Vuestro celo por la salvación de las almas os ha inspirado la idea de publicar las apostólicas instrucciones predicadas por el Bienaventurado Cura de Ars; y, aunque la escritura es incapaz de reproducir los acentos de la palabra hablada, dicha publicación constituye un verdadero consuelo para las personas que tuvieron la suerte de oír al santo Sacerdote; gracias a vuestra iniciativa, puede ahora decirse : *defunctus adhuc loquitur*.

Se os pide una nueva edición, destinada a alimentar la piedad de los fieles. No vaciléis en satisfacer tan santo anhelo; esto será continuar la buena obra comenzada y tributar un nuevo homenaje al que hoy es honra y ejemplar de la clerecía.

Con el más respetuoso afecto, imploro sobre vosotros, amado Monseñor y Reverendo Padre, así como sobre todas vuestras obras, las más abundantes bendiciones de Dios.

† Pedro Card. COULLIÉ, Arzobispo de Lyon y Vienne, Primado de las Galias.

Carta de Monseñor DADOLLE, Obispo de Dijón

OBISPADO
DE
DIJÓN

Dijón, 22 diciembre 1908.

Mi reverendo Padre :

Es, en cierta manera, un nuevo aspecto de la figura del Bienaventurado Cura de Ars el que se ha revelado, cuando, gracias a vuestra diligencia y a la de vuestro venerado hermano, ha salido a luz la obra oratoria del ejemplar Sacerdote, compilada en cuatro volúmenes compactos, los cuales aún no la abarcan toda.

He dicho «obra oratoria» : el término, empero, quizá no es aquí enteramente apropiado ; en todo caso, es indudable que el santo Sacerdote no había previsto el honor de semejante título adjudicado con más o menos justicia a sus «pobres» Sermones.

Dichos Sermones son de aquella época de su vida en que el Cura de Ars cumplía su deber pastoral de la manera clásica, haciendo, mejor que todos, lo que todos hacían como él. Mas, cuando la simple parroquia de Ars se convirtió en lugar a donde acudían numerosas peregrinaciones, entonces la mesa de trabajo, la pluma, el tintero y los libros, en una palabra, toda esa sección del mobiliario parroquial, forzosamente tuvieron que holgar. El Apóstol no disponía de tiempo para usarlos, y prescindió de ellos.

Mas la ingente muchedumbre que por espacio de treinta años constituyó al pie del pequeño púlpito de Ars un auditorio casi ininterrumpido, no podía sospechar que la palabra que allí resonaba procediese de otra preparación que del continuado estado de oración en que vivía el predicador. Y sin embargo, si bien está

fuerá de duda que la maravillosa facilidad de improvisar tenía, en aquella segunda etapa del orador, carácter de don sobrenatural, no es menos cierto que esta facilidad la había conquistado, en alguna manera, a costa de un trabajo improbo, realizado durante los primeros años de su ministerio. Y esto era lo generalmente ignorado antes de la publicación de estas copiosas páginas, tan laboriosamente escritas por el estudioso cura de aldea.

¡ Cuántas enseñanzas contienen, para nosotros, los Sermones del B. J. M.^a Bta. Vianney, cura de Ars !

Ante todo, son una revelación de su personalidad y de su valor intelectual. No era ciertamente una medianía, como se ha pretendido. Cultivadas tardíamente, frente a dificultades no despreciables, y disciplinadas bajo un método, quizá no del todo adecuado, solamente a la larga debían adquirir sus facultades la plenitud de agilidad y vigor de que dieron muestra. Se necesita ciertamente no ser un neófito en el orden intelectual, para saber, cual lo hace el Cura de Ars en sus Sermones, entablar el diálogo en forma tan limpia y cautivadora ; para que, una vez llamada la atención del auditorio, éste ya no la pierda ni por un momento, y quede pendiente de sus labios ante una doctrina que se le presenta por vía de afirmación, y, sobre todo, ante la evidencia de que se está tratando de sus más sagrados intereses, ya que tan vivamente apasionan al orador ; en una palabra, para que llegase a penetrar en este método de enseñanza práctica, característico del púlpito cristiano, y que tiene su principal auxiliar en una labor de análisis tan exacta como estimulante. El espíritu de observación aparece, en él, admirablemente desarrollado.

La parte doctrinal de los Sermones escritos por el Cura de Ars, proviene de una biblioteca, cuya composición no ha de ser difícil reconocer : algunas Vidas de

Santos, tres o cuatro sermonarios del siglo XVIII. A sus autores favoritos los tenía muy meditados; mas, ni una sola vez se halla que los hubiese transcritos de una manera servil. Asimilábase su substancia por la reflexión, ayudado de su fe y de su razón, a las que hacía converger en las verdades que se disponía a anunciar a su pueblo. Después, al tomar la pluma, adivínase que todo su esfuerzo se dirigía a establecer la comunicación entre Dios y las almas: «Dios», de quien él era órgano, tan voluntaria y tan totalmente escondido; y «almas», no así en general, sino las del auditorio para cuya instrucción y salvación debía velar.

Quizá cabría lamentar que el bienaventurado párroco no tuviese la idea de fechar sus modestos escritos, ya que ello hubiera permitido al editor el presentarlos por orden cronológico: y entonces tal vez, por vía de comparación, podríamos adivinar el proceso de su perfeccionamiento oratorio. Mas esto, a la verdad, tratándose de él, es algo muy secundario.

Es indiscutible que, en el empleo de su método, obtuvo muy rápidamente lo que constituye el mérito por excelencia de la palabra, a saber, el don de dar vida al discurso. Su composición no es ni literaria ni científica. Rellena en exceso las partes de su discurso; interrumpe bruscamente la exposición y el razonamiento, para intercalar la pintura de costumbres, exhortaciones o reprensiones calurosas; retorna a la instrucción mediante transiciones sin arte. La disposición de la pieza, ordinariamente muy larga, nada tiene de cosa refinada; la sintaxis no es muy segura; el vocabulario, vulgar. Pero ¿qué importa? *Mens agitat molem*: bajo esta construcción pesada, palpita un alma, y un alma que da vida aun a los libros antiguos, tal como los leemos en la actualidad. ¿Cuáles son los sermonarios de la época, de los que pudiera afirmarse lo mismo? ¡Si muchos, más recientes, no son dignos de tal honor!

Si se nos pregunta qué hay que pensar de los sermones del Cura de Ars desde el punto de vista práctico, si son mejor para colocarlos en un relicario o en una biblioteca sacerdotal, habremos de contestar: en un relicario, ciertamente, puesto que representan un heroico batallar en el ministerio de la palabra sagrada; pero también en una biblioteca, y, sobre todo, en una biblioteca sacerdotal.

Todo sacerdote puede sacar provecho de ellos.

No que estos sermones deban ser copiados o aprendidos, para recitarlos al pie de la letra. Deben ser leídos y releídos, por el ejemplo que nos evocan, y por el modelo que colocan ante nuestros ojos: nos recuerdan a un predicador que tomó a pechos la empresa de hacer triunfar la piedad por medio del trabajo, y nos presentan (puede decirse, en cada una de aquellas páginas, que aún se estremecen bajo la impresión del ardiente celo que las dictó) el modelo del secreto de una existencia; secreto que consiste en hablar con la propia alma. En el Cura de Ars, no hay duda, fué el Santo lo que hizo al Orador.

Ya veis, mi Reverendo Padre, cuán largamente he hablado acerca vuestra nueva edición.

Al expresaros mi agradecimiento, tampoco quiero dejar de felicitaros por la saludable y piadosa empresa que lleváis a cabo, ni de hacer votos para que obtenga el éxito más lisonjero.

Tened la seguridad de que siempre soy vuestro affmo. servidor en Cristo.

† PEDRO, Obispo de Dijón.

CARTAS EPISCOPALES
SOBRE LAS PRIMERAS EDICIONES

*Carta de Su Eminencia el Cardenal GUIBERT,
Arzobispo de París*

París, 4 marzo 1883

Señor Arcipreste :

Os agradezco la fineza de haberme enviado un ejemplar de los Sermones del Venerable Cura de Ars, compilados e impresos gracias a vuestra diligencia. Algunos, al leerlos, me han edificado; o mejor, me han admirado. Estamos acostumbrados a admirar la caridad, la bondad, el infatigable celo de aquel santo Pastor, continuamente en busca de las ovejas extraviadas, para devolverlas al redil. Mas nadie habló jamás de su elo- cuencia. Claro que no era un orador, a la manera de Bourdaloue o Massillon; mas las instrucciones que dirige a su pueblo, son muy sólidas y están repletas de doctrina cristiana. De desear sería que todos los páro- cos preparasen sus pláticas con la misma diligencia que aquel santo Sacerdote.

Recibid, Señor Arcipreste, junto con mi agradeci- miento sincero, la seguridad de mis sentimientos de con- sideración y afecto.

† J. Hipp. Card. GUIBERT, Arzobispo de París.

*Carta de Su Eminencia el Cardenal LANGENIEUX,
Arzobispo de Reims*

Reims, 18 agosto 1883.

Rdo. Señor :

Tenemos en nuestro poder, y hemos leído, los sermones del Ven. Señor Vianney, que tuvisteis la feliz idea de publicar; y nos complacemos en juntar nuestra aprobación a la que ya hebéis recibido de Su Eminencia el Cardenal Arzobispo de Lyón.

Como muy acertadamente hacéis notar, lo que hay que buscar en las pláticas del santo Sacerdote, no es lo que el apóstol San Pablo llama «la retórica de la humana sabiduría», sino la exactitud y solidez de doctrina, y «aquella elocuencia viva, ardiente y llena de fuego que los Santos saben sacar de la inagotable fuente del Corazón de Jesús». Instruir y edificar a las almas: he aquí el verdadero apostolado, y este fué el objetivo que desde el púlpito cristiano persiguió el Ven. Cura de Ars. Hasta dónde llegó su éxito, y cuál fué el bien que hizo en su humilde parroquia, y a los oyentes forasteros que, atraídos por la fama de su santidad, acudían a oirle, ya lo sabemos por la lectura de su vida admirable; sus escritos, revisados por vos con una diligencia tan competente como escrupulosa, acabarán de iniciarnos en las obras y en los éxitos de un ministerio que tantas maravillas ha obrado. Por esto, señor Párroco, creemos que, al ofrecer al clero (y en particular a esos venerables sacerdotes que silenciosamente consumen su vida en las pobres parroquias rurales) los ejemplos y las lecciones prácticas de un tal maestro en el arte de convertir y santificar las almas, hicisteis a la Iglesia un excelente servicio, merecedor de las ben-

diciones de Dios y de nuestra más sincera felicitación.

Recibid, señor Párroco, la expresión de mi afecto y consideración en N. S.

† BENITO MARÍA, Arzobispo de Reims.

*Carta de Su Eminencia el Cardenal MERMILLIOD,
Obispo de Lausanne y Ginebra*

Friburgo, 3 diciembre 1883.

Fiesta de San Francisco Javier.

Rdo. Señor :

La publicación de los Sermones del Venerable Cura de Ars, que habéis llevado a cabo, ha merecido los sufragios de eminentes obispos; me es muy grato añadir a ellos mi agradecimiento y mi felicitación. Hasta el presente, los sacerdotes y los fieles leían con admiración los hechos heroicos, los trabajos y los éxitos de esa vida enteramente consagrada al servicio del Señor; vuestros volúmenes revelan el poder de la palabra de este gran siervo de Dios, dando a comprender, además, cuánta fuerza y unción apostólicas le han comunicado la piedad, la oración y el estudio. Aquí brillan las cualidades que exigía San Bernardo: *Lucere et ardere multum est;* la doctrina segura y substancial, la luminosa claridad de exposición, se juntan a las ardientes llamas que inspira el amor de las almas y del Salvador. El clero, y sobre todo los jóvenes sacerdotes, hallarán aquí un excelente modelo de predicación pastoral y popular. Sin prejuzgar en nada las decisiones de la Santa Sede sobre el Venerable Vianney, nos atrevemos a afirmar que sus sermones, en los que abunda el sentido teológico y el fuego del amor divino, tienen su

lugar señalado entre los escritos de San Vicente de Paúl y de San Alfonso de Ligorio.

Recibid, señor Cura, la seguridad de mis sentimientos de gratitud y afecto en N. S.

† GASPAR, Obispo de Lausanne y Ginebra.

*Carta de Monseñor de CABRIERES,
Obispo de Montpellier*

Montpellier, 16 diciembre 1883.

Rdo. Señor :

Os agradezco el envío de los Sermones del Venerable Cura de Ars.

Al colecciónar y publicar las instrucciones de este santo Sacerdote, cuya vida fué un continuado apostolado, de admirable fecundidad, y cuyo nombre nos evoca el recuerdo de las más excelsas virtudes sacerdotiales, habéis llevado a cabo una obra útil y piadosa.

Si los sermones que habéis compilado para la edificación de vuestros hermanos de ministerio, y de las almas cristianas en general, parecen estar faltos de ciertas cualidades de estilo que los espíritus atildados suelen exigir, en cambio, en cada una de sus páginas hallamos el acento de la piedad más viva, de la fe más profunda, y la clara exposición de las sublimes verdades religiosas.

Desdeñando los recursos del arte, el celoso predicador sólo ha buscado los auxilios de la gracia. Y esta es la causa de que haya logrado tantas conversiones.

Los que lean sus apostólicos sermones, tal vez aprenderán a imitarle.

De esta manera, señor Párroco, habréis contribuído

a perpetuar la bienhechora misión del celoso siervo de Dios.

Recibid, señor párroco y vuestra señor hermano, la expresión de mis atentos y respetuosos sentimientos.

† ANATOLIO MARÍA, Obispo de Montpellier.

*Carta del Ilustre Canónigo TOCCANIER,
Cura de Ars*

Ars, 26 noviembre 1882.

Amado compañero :

Ayer tarde recibí los cuatro volúmenes de los sermones del Venerable Vianney, que vuestra generosidad os ha impulsado a ofrecerme. Recibid, por ello, mi sincero agradecimiento.

Podéis suponer el particular interés que habrá de inspirarme la lectura de dichos sermones, predicados en esta parroquia por mi santo antecesor. No dejaré de aprovecharme de su doctrina para gloria de Dios, de nuestro santo Párroco y de toda la parroquia.

El Prelado se ocupa activamente en la causa de beatificación ; por cuyo motivo, a todos nos da ejemplo de una excesiva reserva en lo que al Venerable Vianney se refiere.

Dignaos recibir, con mi gratitud, mi afectuosa estima en el Señor.

TOCCANIER, Pbro.

PRÓLOGO DE LA TERCERA EDICIÓN

La buena acogida que del público han merecido los Sermones del Bienaventurado Cura de Ars, y las frases encomiásticas que a la obra se han dignado dedicar Prelados eminentes, nos animan a intentar una nueva edición de la misma, cuya empresa nos parece ahora en extremo oportuna, ya que el Sumo Pontífice Pío X acaba de elevar el humilde Párroco a los altares, colo-
cándolo en el número de los Beatos.

Según atestigua uno de sus íntimos, el difunto señor Dubois, párroco de Fareins, la mayor parte de estos sermones fueron compuestos durante los primeros años de su ministerio, entre los años 1818 y 1827, antes de la extraordinaria labor a que hubo de someterse a cau-
sa de la muchedumbre de peregrinos que acudían a visitarle.

¿Cuáles fueron sus fuentes habituales? A juzgar por las notas marginales, escritas por la mano del Venerable, y por el detenido estudio de los manuscritos, consultó principalmente la Sagrada Escritura, una Teología elemental, la «Vida de los Santos» de Ribadeneyra, la Vida de los Padres del desierto, algún compendio de la doctrina de los Santos Padres, la Historia de la Iglesia, el tratado de Perfección cristiana de Rodríguez, y las obras del P. Lejcune.

«El P. Vianney, dice su biógrafo el R. P. Monnin, dedicó mucho tiempo a escribir sus pláticas, confesan-
do él mismo que dicho trabajo le causaba una pena y una fatiga extraordinarias. Ello fué una de las más

rudas mortificaciones de su vida. Las componía de un tirón, empleando en ello noches enteras, encerrado en la sacristía, escribiendo a veces siete horas seguidas sin descansar» (1).

Mas, siendo su primordial preocupación instruir y edificar a sus ovejas, y no el producir una obra literaria, corregía muy poco sus sermones. Su humildad le impedía presentir que un día serían admirados y entregados a la publicidad. Por otra parte, jamás hubiera consentido él, en vida, entregarlos a la imprenta sin someterlos previamente a una severa corrección y al juicio doctrinal de la Iglesia. Así lo había declarado con gran viveza a un sacerdote amigo suyo, a quien confió los manuscritos de sus sermones, en una ocasión en que había quien buscaba la manera de substraerle algunos de ellos, a fin de divulgarlos entre el pueblo. Jamás hubieran salido a la luz del día sin los aientos de arriba.

Para responder, pues, a tales aientos e intenciones, emprendióse un trabajo de corrección de estos manuscritos. Reformáronse su ortografía y su puntuación, pero conserváronse sus idiotismos, así como ciertos barbarismos, de los cuales familiarmente se servía el Venerable, a fin de reproducir su pensamiento con la mayor fidelidad y energía. Muchísimas frases estaban incompletas, mal construídas, y, de consiguiente, ininteligibles; se rectificó su construcción y se añadieron ciertas palabras indispensables. Ciertos pasajes oscuros, dudosos o inexactos, han sido aclarados mediante notas. En una palabra, se ha puesto escrupulosa diligencia en no modificar en nada el pensamiento del autor.

Una página del primer Sermón sobre el juicio final, reproducida fotográficamente, permite hacerse cargo

(1) «Praedicationi impensisimam operam dabat. Quamvis magnas difficultates in illa offenderet in praeparandis concionibus, nihil eum fastidiebat; sed integros dies et noctes insumebat». 1.er proceso: Tem. 9: De heroica Fide.

del trabajo llevado a cabo. El lector podrá convencerse del cuidado con que se ha publicado íntegramente el texto, a fin de conservar a las piezas su primitiva fisonomía y su carácter original.

Desgraciadamente, la colección no es completa ; un gran número de sermones fueron destruidos, o se perdieron. Si todos hubiesen llegado a nuestras manos, esta publicación constaría, a lo menos, de otros dos volúmenes, y, con ello, mostraríase plenamente el largo y tenaz trabajo a que sin descanso y sin fastidio se condonó el siervo de Dios.

Con todo, los que se ofrecen al público, ya darán perfecta idea del profundo conocimiento que de sus feligreses tenía el santo Sacerdote, la religiosa diligencia con que los instruía, la libertad y franqueza apostólicas con que fustigaba sus desórdenes, aquella elocuencia viva, ardiente, llena de fuego, que los Santos saben sacar de la inagotable fuente del Corazón de Jesús.

Estos sermones tendrán la eficacia de dar a conocer al Venerable en un nuevo aspecto. Hasta el presente, muchos amigos de lo maravilloso hasta la exageración, le negaban, casi totalmente, los dones naturales, a fin de atribuirle los dones sobrenaturales en grado superlativo. No hay duda que, al final de su vida, le fueron concedidas gracias extraordinarias con soberana abundancia ; mas ¿no sería ello, acaso, en premio de su prudencia en procurar que fructificase el modesto talento que Dios le confiara ? Ante todo, empleó con escrupulosa fidelidad el tiempo libre de que dispuso durante los primeros años de su ministerio ; no cejó ni un momento en ejercitarse y aprovechar los recursos de un espíritu poco cultivado aún, pero que no carecía de penetración, ni de memoria, ni de observación. A costa de trabajo infatigable, adquirió la verdadera ciencia del pastor de almas ; más tarde, cuando la siempre creciente muchedumbre de peregrinos no le daba lugar a es-

cribir ni a estudiar, Dios premió su trabajo con dones más excelsos.

La Providencia, que tenía en sus designios la restauración de la diócesis de Belley, había modelado con mano hábil sus elementos fundadores. Fueron éstos algunos obispos sabios y piadosos, cuyo recuerdo bendicen el clero y las poblaciones a ellos sujetas. Constituían también aquellos elementos una pléyade de sacerdotes humildes, laboriosos y llenos de celo. En primera línea, brilla el Venerable Juan Bautista María Vianney, y nadie como él justifica aquellas palabras de la Escritura: «Los labios del sacerdote guardarán la ciencia de la salvación, y de su boca brotarán las enseñanzas del Señor».

Roma, 15 enero 1905.